



de buey á su izquierda, y cara de águila en lo alto de los cuatro. Sus caras y sus alas..... (1).

Sobre la tierra el conjunto de estos cuatro querubines con el trono de Dios, que se eleva á lo alto, no simbolizará acaso la reunion de los cuatro imperios, babilónico, pérsico, griego y romano, cuyos otros tantos espíritus celestiales dirigirán sus destinos, que han servido como de carro al Hijo de Dios para bajar á la tierra y fundar aquí su imperio espiritual, y en medio de los cuales toma Él sus instrumentos de venganza ó de misericordia, como se vé en el capítulo X de Ezequiel, uno de los querubines, toma de entre ellos los carbones encendidos que ha de hacer caer sobre la culpable Jerusalem.

Ezequiel profetizaba la desgracia de Jerusalem, no sólo con sus palabras, si que también con sus acciones. Habiéndosele aparecido el Señor segunda vez sobre su misterioso carro, le dijo: Marcha, enciértrate en medio de tu casa. Hijo del hombre, hé aquí las cadenas que te están preparadas; con ellas te atarán y no saldrás más de entre ellos. Ataré tu lengua á tu paladar y enmudecerás.... Pero cuando hables.... volverás el rostro hácia el sitio de Jerusalem, y extenderás tu brazo, y profetizarás contra ella. Hé aquí que te he cercado de cadenas, y no te volverás de un lado al otro hasta que cumplas los días de su asedio (2).

Siguiendo la opinion más comun entre los intérpretes, los trescientos noventa días indicaban, para lo sucedido, los años que el pueblo de Israel habia pe severado en el cisma y en la idolatría, y para el porvenir el número de días que debia durar el último sitio de Jerusalem; los cuarenta días representaban los años de impenitencia en que habia vivido el pueblo de Judá, desle las primeras predicaciones de Jeremías, y el número de días que pasarían entre la toma de Jerusalem y su total destruccion. El profeta sujeto con cadenas representaba á la ciudad cercada por todas partes.

Para caracterizar aun más el extremo á que se veria reducida esta ciudad, el Señor dice al

(1) Ezeq., cap. I.
(2) Ibid., cap. IV, 1-18.

profeta: «Toma trigo, cebada, habas, lentejas, algarróbas y nijo; échalo en un vaso y haz pan..... para trescientos noventa dias. Tu comida en cada dia será de veinte siclos (ocho onzas). Y beberás el agua con medida, la sexta parte de un *kin* (diez onzas segun unos, y veinte segun otros).... El pan lo cocerás con estiércol de hombre.... (1).

La calidad de este pan, compuesto de toda clase de granos buenos y malos, y la cantidad tan corta que le mandaba comer cada dia, figuraba la carestía y grande hambre que habia de padecer Jerusalem.

Un impío del último siglo supuso que este pan cocido con el excremento seco, era un pan amasado con esta materia. Esta mentira sólo prueba la impiedad cínica de aquel que la escribió. Además, la Providencia se burló de él, permitiendo que en su última hora y en el acceso de la rabia, comiera el impío lo que en sus bufonadas sacrilegas habia atribuido al profeta.

Ezequiel tenia siempre delante á su Jerusalem figurativa, y ya veremos cómo se cumplieron todas sus amenazas; cómo la tercera parte de Jerusalem fué arrojada á todo viento y dispersa en todas las naciones; veremos cómo este pequeño número que el profeta acoge bajo su proteccion vuelve del cautiverio, y cómo una parte de este pequeño número arrojada al fuego produce un violento incendio; por último, veremos cómo en tiempo de los macabeos una parte de los judíos se entrega á Antioco Epifanes, y atrae sobre el resto del pueblo una guerra de exterminio.

Sordo á todas las exhortaciones de los profetas, Sedecias resolvió sustraerse á la soberanía del rey de Babilonia, á quien sin embargo dió palabra de fidelidad. Envió, pues, embajadores á Faraon-Hofra, nieto de Meco, é hijo de Psammis, que reinó seis años. Este Faraon-Hofra es el mismo que el que llama Herodoto Apries (2).

Confiado Sedecias en la alianza que acababa de hacer con Egipto, no pagó más el tributo y

(1) Ezeq., cap. IV, 9-17.
(2) Herodoto, l. II.



se rebeló abiertamente contra Nabucodonosor. Al mismo tiempo Ezequiel anunciaba á los cautivos de Caldea cuáles serian las consecuencias de esta defeccion.

«Juro por mí mismo, dice el Señor, que en el país del rey que le hizo rey, cuyo juramento quebrantó, y rompió el tratado que tenia con él, en medio de Babilonia morirá.... Juro por mí mismo que el juramento que despreció y la alianza á que faltó, lo vengaré en su persona.... Y todos sus fugitivos con todo su ejército serán pasados á cuchillo, y los que quedaren serán esparcidos á todo viento, y sabreis que yo el Señor he hablado (1).»

El año noveno del reinado de Sedecias, Nabucodonosor marchó contra él con un poderoso ejército; pero en Siria supo que los amonitas habian entrado también en la coalicion. Indeciso sobre el pueblo á quien acometeria primero, se detuvo, á excepcion de Lakis, Azeca y Jerusalem, que fueron sitiadas.

Entonces Sedecias y los habitantes de Jerusalem temblaron. Era este el año sabático. El rey y el pueblo convinieron en que cada uno dejaria libres á su criado y criada de origen hebreo. Es verosímil que despues de la época del santo rey Josías, no se observó esta ley filantrópica. Los criados y criadas hebreos fueron puestos en libertad como el Señor lo habia ordenado por medio de Moisés. Pero esta docilidad, producida por el miedo, no dió resultados durables. Pronto, sin embargo, colocaron bajo el yugo de la esclavitud á los que habian dado libertad á la entrada de dos caminos, y consultó á los serafines por las entrañas de las víctimas y por la suerte de las flechas.

Esta última especie de adivinacion estaba muy en uso entre los paganos, y lo está hoy entre los árabes; San Jerónimo, al ocuparse del lugar de Ezequiel en que se dan estos detalles, nos enseña la manera de hacerlo (2). Se escribia sobre las flechas los nombres de las ciudades que se iban á atacar; se les metia indistintamente en una aljaba, y se les sacaba en seguida al acaso. La suerte recayó en Jeru-

(1) Ezeq., cap. XVII.
(2) Hieron, y Ezeq., XXI.

salen. Inmediatamente Nabucodonosor pasa á la Judea, y en pocos dias se apoderó de todas las ciudades fuertes, probablemente cuando Nabucodonosor levantó el sitio, por algun tiempo, para ir al encuentro de Faraon-Hofra que, como aliado de Sedecias, avanzaba con un ejército numeroso contra los caldeos.

En esta ocasion les dijo Jeremías: Yo mismo hice alianza con vuestros padres el dia que les saqué de Egipto de la casa de la esclavitud, diciendo: En el sétimo año cada uno dará libertad á su hermano hebreo que fué vendido y que le haya servido seis años; pero vuestros padres no me escucharon, y vosotros habeis deshonrado mi nombre dándoles primero libertad y sujetándoles de nuevo á la esclavitud. Por esto el Señor entregará al rey Sedecias y á sus príncipes en manos de su enemigo el rey de Babilonia.... (1).

Ya antes que Nabucodonosor levantara el sitio, Dios habia enviado á Jeremías para que dijera á Sedecias que la ciudad seria entregada al rey de Babilonia é incendiada; que él mismo caeria en poder de Nabucodonosor; que sus ojos verian los ojos del rey de Babilonia, y hablaria con él, porque entraria en Babilonia; que, sin embargo, no moriria de un modo violento, sino en paz; que su cuerpo seria quemado, como el de sus predecesores, y que no llevarian luto por él. Estas predicciones irritaron de un modo tal á Sedecias, que puso preso al profeta (2).

Nabucodonosor puso sitio á Jerusalem en el año noveno de Sedecias, el dia diez del décimo mes. Este dia, el décimo de Thebet, ha sido hasta aquí un dia solemne de ayuno entre los judíos. Este sitio fué revelado á Ezequiel, en la Caldea, el mismo dia que empezó, y al mismo tiempo se le manifestó, bajo el emblema de una caldera hirviendo, la horrible desolacion en que se veria sumida esta ciudad. La misma noche se le anunció al profeta la muerte repentina de su mujer, prohibiéndole Dios terminantemente llevar luto, para significar á los judíos de Babilonia que la ciudad santa, el templo y

(1) Jerem., XXXIV.
(2) Ibid., 32.



el santuario, que eran para ellos más queridos que puede serlo una mujer á su esposo, no solamente les serian arrebatados de un golpe tan pronto como funesto, si que les sobrevendria una grande calamidad, prohibiéndoles llevar luto por esta pérdida (1).

Habiendo salido de Egipto Faraon-Hofra ó Efreo con un grande ejército, Nabucodonosor levantó el sitio de Jerusalem. Jeremías, puesto en libertad, quiso aprovecharse de este intervalo de tiempo para ir á Anathoth á repartir su herencia entre los habitantes, y quizá tambien para retirarse á la vida privada. Pero el oficial que guardaba la puerta por donde queria salir el profeta, le detuvo, bajo pretexto de que huía hácia los caldeos, y, aunque lo negaba, le llevó delante de los príncipes, que le apalearon y encerraron en una prision subterránea de la casa de Jonatan, el secretario. En ella permaneció pocos dias.

Los egipcios, viendo que los caldeos se aproximaban, no se atrevieron á venir á las manos con un ejército tan numeroso y aguerrido, y tomando el camino de su país, abandonaron á Sedecías á todos los peligros de la guerra en que ellos mismos le habian empeñado. Así que el Egipto fué, segun la expresion de Ezequiel, para la casa de Israel, que se apoyaba en él, una caña, que se rompió en sus manos, ensangrentó su brazo y lastimó sus riñones (2). Nabucodonosor volvió de nuevo á Jerusalem, y la puso un sitio que duró cerca de un año, desde el último cerco de la plaza hasta su ruina.

Sedecías, viéndose cercado de nuevo, mandó sacar de la prision á Jeremías, y le preguntó en secreto si Jehová le habia hablado. El profeta le respondió que sí, y que seria entregado en manos del rey de Babilonia. Despues suplicó al rey que le sacara de la prision de Jonatan, y Sedecías dió orden para que se le pusiera en el vestibulo de la prision y se le diera pan, hasta que se concluyera el que habia en la ciudad (3).

(1) Ezequiel, c. 24.

(2) Ezeq., 29.

(3) Jerem., 37.

Desde el vestibulo de la prision, Jeremías continuó anunciando, en nombre del Señor, que moriria todo el que permaneciera en la ciudad, salvándose únicamente los que huyeran á los caldeos; por esta causa se le encerró en un calabozo, donde, seguramente, hubiera muerto sin el auxilio de Abdmlech, etiope y eunuco del palacio, que le sacó de él y le trasladó al vestibulo de la prision (1).

En el año noveno del reinado de Sedecías, el quinto ó noveno dia del cuarto mes, abrió brecha el enemigo en la ciudad, y penetraron en ella los príncipes del rey de Babilonia, estableciéndose en una de las puertas. Sedecías les vió, y, durante la noche, huyó con sus guerreros por el jardín y por una puerta que habia entre dos muros, y se fueron al desierto. Perseguidos por el ejército caldeo, Sedecías cayó prisionero en el desierto de Jericó, y fué llevado á Reblatha, en el país de Emath, donde Nabucodonosor degolló en su presencia á sus hijos, á los grandes de Judá, y despues le sacó los ojos. Esta cruel sentencia fué ejecutada, y el desdichado príncipe, cargado de cadenas de bronce, y conservando solamente la imágen más afrentosa para un padre y para un rey, fué conducido á Babilonia, donde terminó sus dias en una prision.

El sétimo dia del quinto mes, Nabuzardan, capitan de guardias del rey de Babilonia, vino á Jerusalem y se llevó todos los vasos sagrados del templo y lo que habia de más precioso en el palacio del rey y en las demás casas. Despues de esto, y siguiendo las órdenes que habia recibido de su señor, puso fuego al templo y á la ciudad y las destruyó por completo; derribó las murallas con las torres y las demás obras de defensa, destruyó todos los bastimentos y redujo la ciudad á un monton de escombros el año 588 antes de la era cristiana. Jerusalem permaneció en este deplorable estado cincuenta y dos años, hasta que por el favor de Ciro, los judíos volvieron á su patria y la reedificaron. En memoria de esta calamidad, los judíos han observado hasta nuestros dias dos ayunos; el uno, el diez y siete del cuarto mes, que

(1) Jerem., c. 38, 1-13.



corresponde á nuestro mes de Junio, en memoria de la destruccion de Jerusalem; el otro, el nueve del quinto mes, que corresponde á nuestro Julio, por el incendio del templo. Zacarias hace mencion de los dos bajo el nombre de ayunos del cuarto y quinto mes como de dos solemnidades que se celebraban todos los años desde la destruccion de Jerusalem hasta su tiempo, esto es, sesenta y dos años despues (1). Josefo observa, que el templo fué quemado por Nabucodonosor el mismo dia y el mismo mes que lo fué por Tito la segunda vez (2).

No contento Nabuzardan con haber destruido la ciudad y el templo, hizo cautivo á todo el pueblo que halló, entre otros á Saraías el gran sacerdote y á Sofonías, el segundo sacrificador, con otras setenta personas de las más respetables, les llevó á la presencia de su señor, que estaba en Reblatha y les dió muerte; no dejando en el país más que algunos de los más pobres del pueblo para trabajar las tierras y podar las viñas, á quienes dió como gobernador á Godolías, hijo de Ahican.

Por respeto á Jeremías, Nabucodonosor mandó expresamente á Nabuzardan que no le causara ningun mal, antes por el contrario, que hiciera en obsequio suyo todo lo que deseara. Para cumplir esto y para dar libertad al profeta, el general Nabuzardan retrasó su llegada á Jerusalem, de comun acuerdo con los otros grandes oficiales de su señor, entre los que habia un jefe de los magos, Rab-mag. Cuando volvió adonde estaba Nabucodonosor, llevó consigo al profeta hasta Rama, y allí tomándole aparte, le dijo: «Jehová tu Dios ha castigado á Jerusalem por sus pecados.» Despues le recuerda que le ha dado libertad y le invita á marchar con él á Babilonia, á quedarse allí en el lugar que más le agrade, ó á ir con Godolías, gobernador de las ciudades de Judá.

Jeremías acepta las provisiones y los presentes que le ofrece Nabuzardan, y marcha á Masfath, en el país de Judá, donde estaba Godolías, hijo de Ahicam, y vivió con él.

Obligado el profeta á predecir las desgra-

(1) Zac., 8, 19.

(2) De bello judáico, l. VII, c. X.

cias de Jerusalem, habia deseado que su cabeza se convirtiera en agua y sus ojos en fuente de lágrimas para llorar noche y dia en lo interior de un desierto. Cuando él veia cumplidas todas estas desgracias, ¡cuál no seria su dolor!

Y sucedió, dice la Escritura, despues que el pueblo de Israel fué hecho cautivo y Jerusalem reducida á soledad, que el profeta Jeremías, deshecho en lágrimas y suspirando en la amargura de su alma, lloró estas lamentaciones sobre Jerusalem:

«¿Cómo está sentada solitaria la ciudad llena de pueblo? Ha quedado como viuda la señora de las naciones; la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria.

Lloró hilo á hilo en la noche, y sus lágrimas en sus mejillas; no hay quien la consuele entre todos sus amados; sus amigos la despreciaron, y...

La elegía profana no puede de ningun modo compararse con esta lamentacion. No es este un poeta de imaginacion ardiente que llora las desgracias imaginarias, sino el amigo de su país, un sacerdote, un profeta sentado sobre las humeantes ruinas de su patria, que llora á su pueblo, á su rey, á la ciudad santa, al templo santo, el único que tuvo el verdadero Dios en el mundo; su tristeza es tanto más profunda, tanto más divinamente poética, cuanto que estas desgracias, que él habia predicho y tratado de evitar, son merecidas. Por otra parte, cuán vivo y penetrante es su dolor. No es Jeremías un hombre que se lamenta, sino que llora, siguiendo la bella expresion del preámbulo de la expresion griega (1). Pero donde Jeremías parece excederse á sí mismo es en la segunda lamentacion:

«¿Cómo cubrió el Señor de oscuridad en su furor á la hija de Sion? Arrojó del cielo á la tierra á la inclita Israel y no se acordó del escabel de sus piés en el dia de su furor.

Precipitó el Señor y no perdonó á todo lo hermoso de Jacob; destruyó en su furor.....»

Se ve en estas lamentaciones que los hijos de Israel, lloraban no solamente la ruina de Jerusalem y del templo, sino tambien, y sobre

(1) Καὶ ἐθρήνησε τὸν θρῆνον τοῦτον ἐπὶ Ἱερουσαλήμ.



todo los crímenes que la habian provocado. Ya hacia nueve ó diez siglos que los judíos entonaban el cántico de Moisés que, en castigo de sus pecados, les predecia todas las desgracias que entonces lloraban con Jeremías. ¡Qué profunda impresion no debió producir todo esto en su alma! Por esto les veremos ménos inclinados á la idolatría, para verse obligado á rescatarlos despues. Daba ejemplo de desinterés sin exigir tributo alguno, y alimentaba en su mesa á ciento cincuenta personas. Los levitas y los ricos daban tambien á los pobres *sus hijos é hijas, sus campos y sus viñas, sus plantas de olivos y sus casas*. Así como el *athersata* era la espada del pueblo libre, Esdras, sacerdote y doctor, era siempre su consejero. Él fué el que habia ordenado la ley de Moisés, dividiéndola por vez primera en cinco libros; él el que tradujo é hizo la copia del *Pentateuco* en lengua caldea y quien leía la ley desde lo alto de una entrada á la asamblea general. El pueblo firmaba de nuevo la alianza; pero como decia Nehemías: «¿Vosotros no sois como vuestros padres?» El juramento fué con frecuencia violado (1).

Alejándose Nehemías, renacian los abusos. Ya Malaquías escribía, pero en vano: «*Vendrá un día de fuego semejante á un horno ardiente; los soberbios y los impíos serán como la paja; en este día serán abrasados*» (2). Tambien él anunciaba «*el grande dominador, el ángel de la alianza*» (3).» Esta era la última voz del profeta, que debió resonar su eco hasta la consumacion de los tiempos.

Así concluía la larga cadena de las promesas que, partiendo de Adam, renovada en Noé, Abraham, Moisés, comprendía á Elías, Isaías, Jeremías y Daniel. Malaquías hizo resonar su voz, para que no se dijera que la nueva Jerusalem habia quedado exenta del espíritu de Dios (441).

Dios debia hacer enmudecer á los profetas ante la majestad de su Hijo por todo este tiempo, para mantener á su pueblo en la expecta-

(1) Véase en el abate Darras, *Historia universal de la Iglesia*, t. III, p. 562, una buena disertacion sobre el libro de Esdras.

(2) Malaquías, cap. IV, v. I.

(3) *Ibid.*, cap. III, v. I.

cion de aquel que debia ser el cumplimiento de todos los oráculos (1).

Sin embargo, Jerusalem no está exenta de crímenes. Volviendo Nehemías de Susa (437), habia encontrado muchos abusos que reformar, y la reforma no debia durar. El gran sacerdote Elíasib habia introducido un amonita en el templo; Manasés, hijo de otro gran sacerdote, se retiraba á Samaria con una multitud de tráfugas, que estimaban en más en abandonar su patria que á las mujeres extranjeras. Allí será grande sacerdote de Jerusalem; allí tambien, con la autorizacion de Darius-Nothus, se levanta sobre el monte Garizin un templo rival, de donde son arrojados los ídolos y donde el verdadero Dios es glorificado, segun la ley de Moisés, pero por un pueblo oscuro y cismático.

Pronto el templo de Jerusalem es profanado con el asesinato de Jossué, á quien da muerte su hermano Jonatan, por apoderarse de la tiara (397). Pero en vano el fratricida pretendia prohibir la entrada en el santo lugar al gobernador de Siria y de Fenicia, que le decia: «¿Me creéis más impuro que este cadáver que yo veo aquí tendido?» Entonces los judíos estaban sujetos á un impuesto; rebeldes en 351 y castigados severamente por Artajerjes Ochus, que llevaba colonias al centro de la Hircania y á las márgenes del Mar Caspio, se someten tristemente al yugo (2).

La Palestina, que oculta su ley, no es ya más que una pequeña provincia perdida en los grandes imperios; Jerusalem, pensativa y pesadumbrada, se aísla y no levanta la cabeza más que para señalar con el dedo al macedonio Alejandro y las profecías que le conciernen. Además, obedece sin ruido á sus sacerdotes; un profundo silencio se apodera de la Judea, que no se despertará sino al sonido de la trompeta guerrera de los macabeos. Olvida hasta el hacer correr el aceite santo sobre los sucesores de Aaron, que velan y presiden el santuario; la unción, señal de la autoridad real, está reservada para Cristo eterno.

(1) Bossuet, *Discurso sobre la Historia universal*.

(2) Oroso, l. XXXI, cap. VII; Josefo *contra Apion*, 461.

EPOCA TERCERA

LIBRO SEGUNDO

ASIA Y EUROPA CENTRALES

CAPITULO I

Grecia y Persia (1).—Ojeada general sobre Esparta y Atenas.—Consideraciones sobre la legislación de Solon.

La conquista de Ciro el Grande absorbió la unidad del Asia central. El mundo, que constituyó su imperio, arrastró el Asia Menor á sus inclinaciones y á sus simpatías. El gran rey domina hasta en el Helesponto, pero á lo largo de este mar, sembrado de islas, se levanta el pueblo helénico, celoso de su libertad, y dispuesto á morir por ella. El coloso persa extenderá su dominacion hácia la Hélade, y la pequeña poblacion se ostentará ardorosa y altiva. La lucha entre los dos Estados será larga; su historia quedará oscurecida por espacio de dos siglos, notables por sus victorias y abundantes en catástrofes.

(1) Hemos consultado para este capítulo á Riancey, y seguido, segun el mismo, entre los autores antiguos, á Herodoto, Diodoro, Justino, Jenofonte, Tucídides, Isócrates, Plutarco, Eliano, etc.; y entre los modernos, á Barthelemy, *Viaje del jóven Anacarsis*; Gillies, *Historia de la antigua Grecia*; Poirson y Caix, *Compendio de Historia antigua*; Conop-Thirwall, *Historia de la Grecia antigua*; Daruy, *Historia de la Grecia antigua*; Cantú, *Historia universal*; Maury, *las Religiones de la Grecia*, etc.

Esta lucha del Asia central y de la Europa aislará, por algun tiempo las comarcas que han de ser teatro de sus luchas, de todo el resto del universo. Presentaremos á los dos combatientes preparados á la batalla: la Persia con sus vastas conquistas, y la Grecia con sus grandes instituciones humanas. Despues las seguiremos, una despues de otra, y veremos cómo resuelven la contienda. Seguiremos á las galeras de los vencedores y vencidos; y cuando, consumidas las dos potencias, vuelvan á recuperar nueva vida, las consideraremos á su vez, estudiándose una á otra de lejos, presa cada cual de sus males interiores, de sus fatales discordias, hasta aparecer el gran conquistador, que, como recién llegado, unirá á los unos en fuerte asociacion, lanzándolos sobre los otros, que aplastará en grandes batallas, y cuyos cien pueblos formarán su sosten para el trono, que más tarde cederá al cesarismo romano, y este al Cristianismo, glorioso término de la edad antigua y punto feliz de partida para el mundo moderno.